

Editorial

Colombia: realidades de guerra, esperanzas de paz

Colombia, país de contrastes, se encuentra en la encrucijada del pesimismo: entre el optimismo de una paz posible y el pesimismo de una violencia a la que esa paz no pondrá fin. Disyuntiva que la sume en la cruenta realidad de la guerra y la violencia, al tiempo que le brinda las esperanzas, que muchos ciudadanos casi no osan albergar, de una nueva oportunidad de acabar con un conflicto armado de más de medio siglo.

En medio de las conversaciones que se desarrollan en La Habana, que el CICR saluda como una oportunidad excepcional de buscar soluciones al prolongado sufrimiento de las víctimas, el país afronta un incremento de las acciones armadas y el fortalecimiento de otras formas de violencia.

Desde la Colombia profunda no se ve Cuba. Las tímidas expectativas generadas por los diálogos en la isla caribeña quedan todavía lejos de “la otra Colombia” a la que hacíamos referencia en nuestro informe de 2011. Las víctimas que viven en esas regiones apartadas y marginadas, donde ocurren la mayoría de acciones armadas, no sienten aún la posibilidad de resultados concretos de las conversaciones de paz. Al contrario, aisladas del debate sobre el futuro, numerosas personas han visto empeorar su situación mientras oyen distantes promesas de una vida mejor.

Es una de las consecuencias de negociar en medio de la guerra. Sin embargo, es importante reiterar la obligación de las partes en conflicto de respetar estrictamente, en todo momento y circunstancia, las normas humanitarias. Del mismo modo, será fundamental que los diálogos de paz establezcan mecanismos para saldar la inmensa deuda humanitaria con las víctimas. El cierre de esta deuda deberá responder al dolor individual sufrido por la población, que reclama soluciones reales, reconocimiento y reparación.

Con todo, la cruel paradoja que afronta Colombia es la certeza de que un acuerdo de paz exitoso que pusiera fin al conflicto armado que comenzó en los años 60 –hecho que sin lugar a dudas sería un logro histórico–, no significaría el fin de la violencia en el país. Hoy, las denominadas bandas criminales causan tantas o más muertes, amenazas, desplazamientos y desapariciones que la guerra a la que el proceso de La Habana persigue poner punto final.

Esta realidad, compleja y dual, pone de manifiesto la necesidad de actuar en paralelo y con determinación. De un lado, para acabar con el conflicto armado y garantizar la no repetición. Del otro, para abordar el fenómeno de la violencia organizada y poner fin a la discriminación que padecen sus numerosas víctimas de desplazamiento forzado, excluidas del sistema estatal de asistencia de emergencia y reparación por una categorización sin sentido desde el punto de vista humanitario.

El CICR, que en 2013 cumple 150 años de existencia, acumula una dilatada experiencia en guerras y procesos de paz en todo el mundo. La institución reafirma su disponibilidad para seguir contribuyendo a los diálogos de Cuba a través de su acción y apoyo como intermediario neutral y experto en derecho humanitario. Ello incluye la implementación de posibles acuerdos humanitarios entre las partes. Asimismo, el CICR ha desarrollado un papel muy activo en la ejecución de acuerdos de paz en otros conflictos, en áreas como la búsqueda de desaparecidos, limpieza de áreas contaminadas por artefactos

explosivos, reunificación familiar, traslado de detenidos liberados, salud y saneamiento en campos de desmovilización, entre otros.

El CICR continuará al lado de las personas, al lado de “la otra Colombia”, proporcionando asistencia y protección donde sea necesario, mientras el conflicto armado y la violencia organizada sigan generando víctimas.

Tras más de 40 años de trabajo permanente en el país, nuestro compromiso con la población colombiana no acaba con la firma de un acuerdo de paz. Se refuerza.

Jordi Raich